

## LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE LA HABANA

---

Manuel Uribe Ángel

Por el aprecio que nos inspira la persona que la suscribe y por la importancia del asunto a que se refiere, publicamos con mucho gusto la interesante carta siguiente:

Habana, 16 de julio de 1875

Al señor director del Diario de la Marina

Presente

Muy estimable señor: En el número de su respetable publicación, correspondiente al día 14 del presente mes, y en la sección que toca a la Crónica General ha publicado usted algunos párrafos referentes a mí, párrafos que, dándome honra y satisfacción, me ponen en el caso de suplicarle que agregue a su benevolencia la no menos grande de dar cabida en su diario a la siguiente carta que escribo con gusto en acción de gratitud. Inútil decir a usted, señor director, que mi reconocimiento será ilimitado.

Efectivamente, señor: en mi calidad de viajero y de hombre estudioso, me presenté sin más recomendación que la que de la confraternidad profesional, al excelentísimo señor doctor D. J. M. Sánchez de Bustamante que acogió mi visita con delicada cortesía. Tuve la fortuna de ser introducido por él al conocimiento del doctor y amabilísimo caballero D. Felipe F. Rodríguez, y con eso y con mi conocimiento anterior del doctor D. Nicolás Gutiérrez, mis relaciones literarias quedaron bien establecidas en esta ciudad.

Por los ofrecimientos sinceros de los señores Bustamante y Rodríguez, manifesté mi deseo de asistir a una de las sesiones de la Real Academia de Medicina de la Habana, pues mi interés mayor era conocer la índole y situación de las ciencias médicas

en esta rica y bella isla de Cuba. El doctor Rodríguez se ofreció para ser mi conductor y guía, y con efecto, por él fui presentado ante la real corporación el segundo domingo del mes en curso.

Como mi aspiración estuviese únicamente reducida a presentarse como particular y desde la barra destinada al público las discusiones de aquella Asamblea, fui verdaderamente sorprendido al verme anunciado por el señor doctor Rodríguez, en mi calidad de miembro de la Sociedad Médica de Bogotá y al ser recibido como tal por el excelentísimo señor presidente y miembros de la Real Academia.

Al concederme un asiento de distinción en el Santuario mismo de las sesiones, he comprendido que se me honraba personalmente, y que se honraba en mí el país de mi nacimiento y el cuerpo científico a que pertenezco. Usted comprenderá que tan espléndida hospitalidad científica, a la par que toca mi alma con un puro sentimiento de gratitud, me coloca en situación de corresponder a ella con la manifestación de mi respetuosa deferencia, por tan delicada y espontánea gracia en mi obsequio. Se usted el medianero que sirva para dirigir la expresión de mi reconocimiento a las personas que me han favorecido y a la Academia real que me ha honrado.

Al tiempo de mi presentación, ofrecí al excelentísimo señor presidente que mandaría un trabajo dirigido a la Honorable Corporación que él dignamente preside. Este trabajo será sobre una enfermedad tropical, desconocida, según creo, en esta isla, muy común en Colombia y que lleva el nombre vulgar de carate. Habría podido conmemorar los datos que sobre dicha dolencia he reunido y estudiado, para mondarlos a la Academia; pero he pensado que mi trabajo será menos indigno de ocupar la atención de los señores académicos, desde que esté formado en vista de los documentos que poseo en mi país. Por esto, y por estar próximo el día de mi marcha, prefiero transferir su envío, que ciertamente será cumplido como lo prometí.

Si además del cumplimiento de la obligación en que estoy de dar gracias a la sabia Corporación científica a que me he referido, me fuese permitido emitir mi juicio sobre la situación

peculiar en que considero colocada la ciencia médica en este país, mi deuda hacia el señor director sería dos veces grande.

Al retirarme de la Academia el domingo pasado, me encontré enteramente contento respecto al presente y al porvenir de los estudios médicos en esta tierra. Ya sabía yo que la Universidad de la Habana estaba recomendada en el mundo científico por muchos hombres ilustres; nombres que no cito ahora temeroso de ofender modestias legítimas y de caer en la desgraciada calificación de lisonjero.

Los trabajos leídos en aquel día y puestos en discusión, me parecieron de un tecnicismo riguroso y de una exactitud completa.

Un cuadro estadístico por el doctor Del Valle acerca del estado sanitario general de la ciudad, en el último semestre me pareció calcado sobre bases muy razonales y diestramente observadas. Aunque las estadísticas desnudas de todo comentario me parezcan más adecuadas y útiles para ser aplicadas a la resolución de algunos problemas económicos que para el estudio concienzudo de las ciencias naturales, el trabajo a que me refiero llama mucho y muy favorablemente mi atención. ¿Por qué? Porque no era un esqueleto simplemente, sino un conjunto de datos razonados; desde el instante en que la asidua observación del barómetro, del termómetro, del higrómetro, del pluviómetro y otros venga a suministrar su coeficiente modificador del organismo; desde el punto en que tengamos la medida de las tensiones eléctricas y magnéticas y corrientes, y desde el momento, en fin, en que pongamos al lado del estudio de todos los ramos del saber, el concurso benéfico de la experimentación, podremos estar ciertos de que andamos por el camino del progreso. El arte de curar no puede, no debe, no quiere prescindir del poderoso auxilio de las ciencias accesorias.

La resolución de una consulta médico-legal a propósito de un pretendido envenenamiento me pareció redactada con esmero de un buen criterio general y arreglada a la última palabra del arte, tanto desde el punto de vista médico como en su aspecto jurídico. Esta memoria o más bien exposición, fue leída por el señor doctor Cosvley, su autor, y por fortuna para mí, su

lectura dio lugar a una corta pero animada discusión que me proporcionó la ventaja de conocer las condiciones parlamentarias de la Real Asociación. En ese pequeño tiroteo de palabras hubo chiste, cortesía y golpes de maestro en el ataque y en la defensa. Las deliberaciones de ese género, al colocar las ideas una enfrente de otras, al moverlas, chocarlas y frotarlas dan calor y dan luz: el calor y la luz son el germen providencial de la verdad. Ella brota de ese mecanismo intelectual, como la chispa eléctrica del roce acompasado de un disco, en la máquina que todos conocemos. El arte consiste en que el movimiento sea metódico tanto en un caso como en el otro: en el primero, la falta de tino torna la discusión en riña y la razón se rompe: en el segundo, el roce se hace golpes y el vidrio rueda en astillas.

Después del interesante trabajo del señor doctor Cosvley, otro de un género análogo fue leído por un joven doctor, cuyo nombre por desgracia ignoro. El mismo tipo de estudio, severo y fuerte, predominó tanto en el último como en el primero y ambo me parecieron importantes.

Por lo que acabo de decir, por los informes que he recibido, por lo que he visto en los hospitales, por lo que sé en relación con la práctica civil y por otras razones, he quedado plenamente convencido de que los estudios médicos tienen en esta isla una posición altamente decorosa y digna. Digo más: el arte de curar está aquí al mismo nivel en que, según entiendo, se halla entre los pueblos más cultos del globo, y por lo que se me alcanza, he formado la creencia personal, de que la fórmula de perfectibilidad científica, resuelta ya relativamente, por las universidades europeas, tiene bien poca cosa que hacer aquí para elevarse a la misma categoría.

La Medicina no es ya el arte de la simple observación de los hechos; es el arte de la experimentación atenta e inexorable de los fenómenos del organismo en todas sus posibles manifestaciones, y es el arte de hallar los modificadores seguros, para hacer entrar en el orden normal las funciones vitales alteradas por cualquier causa. En su actual estado de transición, esta noble ciencia ha roto con el pasado de una manera definitiva y terminante. El espíritu escolástico de las viejas doctrinas, pretendidas

filosóficas; las especulaciones sutiles de esa clase y las cifras de la estadística no le aprovechan ni le hacen falta.

La experimentación metódica hecha con severo juicio, y con humildad respecto a la fuerza limitada de nuestra inteligencia; sin ideas preconcebidas, con un criterio intransigente, con la repetición multiplicada hasta la saciedad de los experimentos y con la rectificación escrupulosa de las condiciones en que se experimenta, es lo solo que puede hacer andar la ciencia, a ese toque de carga y paso de vencedores que lleva hoy, si se me tolera la un poco forzada alegoría de esta frase.

Solo andando por ese camino se podrá llegar a la conquista de gran número de verdades de que hay necesidad para formar la síntesis definitiva de las ciencias médicas.

La razón misma de las cosas y de los fenómenos que es el fondo de toda filosofía, no sirve a priori a la Medicina sino para formar hipótesis sobre las cuales versen los trabajos de la experimentación. Más que hija de la filosofía, la experimentación es madre y madre fecunda. Cada día, el índice de los conocimientos humanos revela un grupo de verdades adquiridas y elevadas a la región de leyes y de principios incontrovertibles. Llegará un tiempo en que, de ese montón de verdades, leyes y principios en detalle, el genio del hombre saque una conclusión suprema u soberana, que será la ciencia médica en todo su brillo y esplendor, y en capacidad de cumplir su promesa de alivio y de consuelo. Para ese tiempo, el profesor no será el profeta ridículo de los hechos cumplidos, sino el adivino inspirado de las difeentes evoluciones orgánicas de acuerdo con la ley natural. Hablo de conformidad con las ideas de los grandes maestros.

Alargarme más sería abusar de la indulgencia de ustedes, pero he venido hasta este punto para poder decir que, en mi opinión humilde, la Escuela Médica de la Habana hace marchar sus tareas por el sbio sendero de que me he ocupado. La posición especial de esta comarca; sus grandes facilidades para ponerse en contacto con todo el mundo civilizado; la abundancia de recursos, propia para el cultivo de las ciencias y las artes, y más

que todo la riqueza de facultades de espíritu y la fértil inteligencia de sus habitantes, auguran un porvenir lleno de gloria profesional.

Ya que he manifestado mi opinión respecto al giro favorable que se da aquí a la enseñanza y al estado floreciente de la ciencia médica, quiero concluir esta carta con la expresión de un deseo vehemente. Ese deseo mío consiste en que se realice por las corporaciones médicas de la América Latina el establecimiento pronto de la Medicina Continental, con las condiciones locales reclamadas por nuestra organización y exigidas imperiosamente por los agentes que nos rodean. En esa gran labor, pienso que tocará a esta Universidad no poca arte de honra.

Acepte usted, se lo ruego, señor director, la expresión de mi respeto y aprecio.